

la espalda de La Candeur—. ¡Vaya un puño que tiene el señor! Hará gimnasia, ¿eh?

Diez minutos más tarde estaban al fin de la cortina, ante el camino del torreón.

—Ya pueden desatarme—advirtió el mayordomo—. No hay que temer ya encuentros desagradables. Y como además, conozco la maniobra del pequeño puente voladizo, podré ayudarles.

Una vez bajado el puente voladizo entre la cortina y la cornisa, el grupo bajó fácilmente al camino de ronda del torreón. Volvía sin Ivana. Pero faltaba alguien más. ¿Quién? ¡Atanasio Khetew! No sabían qué le había ocurrido.

—Dejemos bajado el puente voladizo—dijo Rouletabille al darse cuenta de que faltaba el búlgaro—. No hay que cortar la retirada.

¡Precaución inútil!... Atanasio Khetew no entró.

CAPITULO XV

VARIOS ACONTECIMIENTOS EN EL TORREÓN

ROULETABILLE durmió como un lirón hasta las ocho de la mañana. A esa hora se despertó sobresaltado al oír sonido de trompetas.

—¿Qué pasa?—preguntó frotándose los ojos y esforzándose por ponerse cuanto antes y moralmente «en situación». Esta no era muy brillante, a decir verdad. Pero la expedición de la noche anterior había tenido la virtud de hacerla todo lo clara y sencilla posible.

En un momento dado de aquella jornada nupcial, se reunirían en una misma habitación del castillo ¡*Gaulow, Ivana y el cofrecillo bizantino!*

El propósito de Rouletabille era esperar aquel momento para hacerse con todo: con el novio, que le serviría de precioso rehén; con la novia, que se reservaba personalmente para unas bodas menos paganas, y con el cofrecillo bizantino, que regalaría al general Stanislawof.

El aspecto de la empresa, que tal como se presentaba permitía triunfar completamente o dar al traste con todo, había consolado a Rouletabille, ya por la noche, del

casi fracaso de la expedición. Al llegar al torreón se tumbó en la cama, como si tuviera prisa de tomar el reposo necesario antes del combate esperado para el siguiente día.

Y se durmió luego de jurarse que aquella vez o triunfaba o dejaba el pellejo.

Despertóse contentísimo. Un alegre rayo de sol penetraba en el formidable cuarto. El sonido claro y jubiloso de la trompeta le cantaba en el oído. Su primera mirada fué para el rostro un poco terroso y de fisonomía generalmente simpática, aunque ahora no muy católica, del excelente Priski, a quien Rouletabille había encerrado con él para tener la seguridad de que lo vería al despertarse. ¡Le profesaba tanto cariño!...

—¿A qué tocan esas trompetas, Priski? ¿No me contesta?

—Es que desearía saber si, por fin, se decide a devolverme mi libertad...

—¿Para qué, estimado señor Priski?

—No es que me encuentre mal con usted, no... Pero es que empiezo a encontrar ridícula mi detención, que no sirve para nada y que acabaría por causarle el más grave perjuicio...

—¿No me dijo que usted era un personaje tan insignificante, que su presencia pasaría desapercibida, sobre todo en estos días de fiesta? Por lo tanto, y como lo necesito, me quedo con usted.

—¿Necesitará de mí por mucho tiempo?

—¡Veinticuatro horas cuando más!... ¿Qué le parece?...

—A mí, bien... Pero ya verá cómo alguien acabará extrañándose al no verme...

—Le crearán ocupado con los huéspedes del torreón... Y no andarán descaminados...

—Además—replicó Priski—se preguntarán qué es de ustedes.

—Pero ¡si no hay ninguna razón para que dejen de vernos!... ¿No tenemos permiso para pasear libremente por el castillo?... ¡Pues usaremos de él, querido Priski, usaremos de él!... Yo nunca he asistido a una boda musulmana... Y ya que estamos invitados, quiero aprovechar la ocasión... No pase pena por nosotros.

En aquel momento se oyó un gran estruendo en el piso de arriba.

—¿Qué ocurre?—preguntó Rouletabille.

—¡Que los alemanes se impacientan! Seguramente opinan que tarda mucho en llegarles el desayuno.

—¿Qué toman?

—Café, confituras y bizcochos.

—¡Perfectamente! Les podemos ofrecer eso.

Rouletabille llamó a Modesto y le ordenó que sirviera a los ocupantes del segundo piso el almuerzo indicado por Priski.

Cuando Modesto, siempre somnoliento, hubo recibido las órdenes, Rouletabille, por la puerta entreabierta, pudo oír la conversación mantenida entonces entre La Candeur y Vladimir. La Candeur contaba en términos homéricos la expedición nocturna.

Se ufanaba de haber puesto en fuga a un ejército de muertos y de vivos. Y agitaba los brazos; daba patadas; parecía luchar con el cielo y la tierra; afirmaba que había matado a diez hombres...

Rouletabille, interrumpiendo aquel discurso, tosió.

La Candeur, sobresaltado, se volvió, vió a Rouletabille, se puso colorado y bajó la cabeza.

—¡Cuando se es tan cobarde como tú, querido amigo—gritó Rouletabille—, no se deben contar semejantes

patrañas! No le crea, Vladimir... Es tan valiente como el bueno de Priski, que, con sus terroríficas historias, quería privarnos de un paseito higiénico que, por cierto, ha transcurrido de la manera más ideal.

—¿De la manera más ideal?... ¿De la manera más ideal?... ¡Pues yo—exclamó La Candeur—he muerto a un centinela!

—¿Dices que has muerto a un centinela?... Eso es una creencia tuya. Y permite que te diga, en bien tuyo, que es una creencia muy peligrosa...

—¡Pues yo me figuraba haberlo muerto!... Y no comprendo...

—¡Ah! ¿No comprendes?... ¡El que no comprende no debe tener creencias!... Acuérdate nada más de lo que te costó en París aquel débil puñetazo que por descuido diste al sargento de Policía... ¡Y piensa, desgraciado, en lo que podría acarrearle en Turquía el asesinato de un centinela!...

—¡Oh, el asesinato!... ¡Yo no he hablado de asesinatos!... ¡Eso es horrible!...

—Sí: asesinato de un pobre centinela, que no hacía daño a nadie...

—A nadie, es verdad... ¡No hacía daño a nadie!

—¿Te recriminas a ti mismo?

—No... ¡Al fin y al cabo, Rouletabille, nos estorbaba en nuestro camino!

—¿Acaso es eso una razón para asesinar?

—¡Dios mío! ¡Yo no lo he asesinado! Y...

—¡Ah! Ya ves claro... Mejor para ti... Porque en el caso de que hubieras muerto a ese centinela, te ahorcarían antes de que acabara el día!...

—¿Antes de que acabara el día?... ¿Crees tú?... ¡Ay, Rouletabille, tienes razón!... No he muerto a ese hombre...

—No, La Candeur, no... ¡No lo has muerto!...

—Se trata de una simple coincidencia.

—Sí: ¡de una fatal coincidencia!

—Acuérdate, Rouletabille... Ese desgraciado ha muerto, seguramente, de un acceso de sangre, precisamente en el momento en que pasábamos.

—Eso es lo que yo pensaba ya por mi cuenta... Ha muerto de un acceso de sangre precisamente en el momento en que pasábamos y tú le dabas un puñetazo en la cabeza.

—¿Crees que le he dado un puñetazo en la cabeza?

—¡Ah! ¡Yo no sé nada de eso!... ¡Tú estabas más cerca de él que yo!...

—Bueno, Rouletabille. Si nos vienen con molestias a causa de ese turco, diremos: «El pobre ha tenido un acceso de sangre y ha caído sobre mi puño».

—¿Y por qué ha caído sobre tu puño?—continuó Rouletabille con la mar de seriedad—. Precisamente porque avanzabas hacia él para impedir que cayera...

—¡Eso, eso!—concluyó La Candeur casi tranquilizado y lleno de reconocimiento hacia su amigo Rouletabille, que pensaba en todo (afortunadamente para los que no pensaban nunca en nada).

Y volviéndose hacia Vladimir, le dijo:

—¿Has oído, Vladimir? Ya sabes ahora, con toda clase de detalles, lo que le ha ocurrido a ese pobre centinela turco.

—Sí, sí—contestó Vladimir, que tenía que aguantar la risa a causa de la seriedad imperturbable de Rouletabille—. Puede estar tranquilo; no lo contaré a nadie.

—¿Y qué ha hecho usted durante nuestra ausencia, Vladimir?—preguntó Rouletabille procediendo rápidamente a su aseo.

—He puesto el torreón en estado de sitio. He transportado nuestras carabinas y los fusiles de los domésticos, y todas nuestras armas y municiones, a todas las aberturas y a todas las troneras que, de lo alto a bajo del torreón (excepto en el segundo piso, ocupado por los alemanes), dan a la poterna del muro de ronda. Si los oyentes de Kara Selim se hubieran presentado frente a la poterna, hubiesen recibido de firme. ¡Créalo!...

—Muy bien, Vladimir. Pero supongo que esta mañana habrás hecho desaparecer todo ese arsenal...

—No.

—¡Imprudente!... ¿Es que no me has visto esta noche disponer la dinamita?... Corre, Vladimir, corre... Baja todas las armas y todas nuestras municiones al subterráneo de la sala de los guardias... Que no supongan en nosotros la menor intención, ni siquiera posibilidad, de resistencia.

—Me parece—observó Priski—que hoy no pensarán meterse con ustedes... ¡Las tropas están pesadas por la fiesta de ayer, y no se despertarán más que para emborracharse en la fiesta de hoy!

—Yo creía que los musulmanes no podían beber más que agua...

—Si anoche hubiéramos permanecido más tiempo en la recepción de Kara Selim, hubiese podido ver usted que con Alah se llega a ciertas transacciones...

En aquel momento, la trompeta que había despertado a Rouletabille, resonó de nuevo. Y el repórter preguntó de nuevo qué significaba aquello.

—Significa que el viajero, visto por primera vez por el vigía, ha tomado el camino de la *Karakulé*, y que estará aquí antes de diez minutos.

—¿Serán nuevos clientes?—preguntó Rouletabille.

—¡O la policía!—insinuó La Candeur...

—Oigan esos nuevos trompetazos, caballeros... ¡Seguramente llega un gran personaje!... En este momento tocan para que se reúnan los *mísvuks*, que son «lanceros» mandados por el *Delhy-Bachi*, es decir, el «jefe de los locos». ¡Me parece que quien llega es el señor Kasbeck en persona!

—¿El señor Kasbeck?—exclamó Rouleta bille.

—¡No, no!... Pero he oído hablar de un tal Kasbeck que había sido jefe de los eunucos del ex sultán... No será el mismo, ¿verdad, Priski?

—¡El mismísimo!... ¡Oh, es todo un hombre!... Un hombre extraordinario, amable, bien educado, *hasta con las mujeres*, de una sabiduría sin igual. ¡Lo sabe todo!... ¡Lo ha visto todo!... ¡Habla cuatro lenguas!... Si llega a conocerle, le será muy simpático, ¡mucho!... ¿Quiere que se lo presente?...

—Ya lo veremos.

—Habla el francés como usted y como yo... Tengo la seguridad de que se verá encantado de conocer a usted...

—¿Qué viene a hacer aquí?

—Sin duda, asistir al casamiento de nuestro Kara bajá. Son dos antiguos amigos... A veces han tenido ásperas rencillas por cuestión de negocio, pero siempre han acabado arreglándose... ¡Cualquiera resiste al señor Kasbeck!... Es rico... ¡y generoso!... Cuando abre la mano, siempre tiene oro dentro... Déjenme que salga a esperar al señor Kasbeck. Si no voy a recibirle, no dejará de mandar que me busquen aquí.

—¡Pillín!—exclamó Rouletabille. Me sabe muy mal eso...

—Lo comprendo, caballero, pero volveré en cuanto pueda.

—¡Perdón, Priski, perdón!... Me sabe muy mal eso... pero es por usted...

—¿Por qué?

—Porque luego de la confianza que le hemos demostrado (ya que no le hemos ocultado nada de lo que hemos hecho ni de lo que hemos venido a hacer), nos es imposible dejar que usted se acerque a una persona cualquiera del exterior... ¿Qué vamos a hacer de usted, querido señor Priski?

—¡Podemos bajarlo al subterráneo!—expuso La Candeur, que por una casualidad tenía una idea...

—¡Bravo, La Candeur! ¡Tú llegarás, amigo mío!... ¡Andal! ¡Baja a Priski al subterráneo!

—¡Supongo que no harán eso!—protestó Priski fuera de sí.

—¿Qué quiere que hagamos? ¿No ha dicho usted mismo que el señor Kasbeck mandaría que le buscaran aquí? ¡Bájale, La Candeur! ¡Bájale sin perder un minuto!... Y átale bien, porque al bueno de Priski le encanta verse atado... ¡Ah! Y si no se porta bien, ¡lo echas a la mazmorra!

—Muchas gracias—dijo Priski.

Y como Rouletabille se alejara y se dispusiera a bajar, añadió:

—¡Supongo que no me dejará así! ¿Adónde va?

—A ofrecer mis respetos a su amigo Kasbeck, querido señor Priski.

Rouletabille, en efecto, bajó rápidamente, luego de recomendar a La Candeur una pronta ejecución de sus órdenes. En la sala de guardias encontró a Vladimir, que acababa de bajar todas las armas al subterráneo. Le rogó que dejara el subterráneo entreabierto, que ayudara a La Candeur a bajar a Priski y que, finalmente, fuera con su

compañero a reunirse con él, con Rouletabille, al deslunado.

Antes de salir aun pidió noticias de Atanasio Khetew; pero el otro le contestó que no había sido vuelto a ver el búlgaro, lo cual contrarió mucho al repórter.

—¿Qué sucederá? ¿Le habrá ocurrido algún accidente? ¿Tramará algo?

Eso se preguntaba Rouletabille. Y lo que más temía era que el búlgaro hubiera tomado una iniciativa que contrariase la suya.

Corrió el cerrojo de la poterna y penetró en el deslunado, donde reinaba una extraordinaria animación. En medio de una soldadesca vestida con los uniformes más abigarrados, vió llegar, entre otros cortejos, la banda militar de música de Kara bajá. Conjeturó que aquellos individuos, vestidos como monos de feria y blandiendo estrambóticos instrumentos de cobre y tambores de formas novísimas, armarían una prodigiosa algarabía. Hacía varios minutos que presenciaba aquel espectáculo, cuando se le unieron Vladimir y La Candeur, que ponían una cara de pocos amigos. La Candeur, además, oprimía tristemente la nariz con un pañuelo.

—¿Qué hay?—les preguntó Rouletabille al momento; pero los otros dos le miraban atribuladamente, sin comunicarle la mala noticia de que, seguramente, eran portadores.

—Hay—comenzó diciendo Vladimir—que nos ha ocurrido un caso lamentable con ese Priski.

—¿Qué?—exclamó Rouletabille poniéndose verde—. ¡Supongo que no se habrá escapado!

—Sí, señor.

—¡Ah, miserables!

Vladimir le detuvo, porque ya corría al torreón.

—¡Oiga, oiga! Se ha escapado, pero le hemos vuelto a coger...

—¡Animal! ¿Por qué no lo has dicho en seguida?

—Porque la cosa no es sencilla. Es preciso que nos oiga. La culpa es, en primer término, de La Candeur, que no ha atado a Priski en seguida, como yo le recomendaba.

—¿De veras, La Candeur?

—De veras—contestó el otro bajando la cara.

—¿Te urgía alguna cosa?

—Es que me había puesto a estudiar el terreno de operaciones en el mapa del vilayeto de Andrinópolis.

—Yo, yo—añadió Vladimir—estaba mirando la hora en mi reloj, cuando, de pronto, Priski...

—¡Pero hombre! ¡Siempre que falto yo estáis a punto de estudiar el mapa del vilayeto de Andrinópolis y de mirar la hora que es!... ¿Qué significa eso? ¡Os he sorprendido muchas veces en esa curiosa ocupación!... ¡Que no os vuelva a encontrar!

—¡Si uno no puede instruirse de otra manera!—gruñó La Candeur.

—¡Si uno no puede saber de otra manera qué hora es!—suspiró Vladimir.

—¡Bueno! Continúa... ¡Buenas piezas estáis hechos! ¡Pero no intentéis hacerme pasar gato por liebre! ¿Y luego? ¿Lo habéis vuelto a coger?

—¡Oh! Lo hemos cogido inmediatamente en la escalera, lo hemos llevado al cuarto y, ¡por fin!, La Candeur lo ha atado. Pero cuando no le mirábamos, se ha vuelto a desatar.

—Y ¿qué hacíais para no mirarlo?

—¡Oh! Creíamos poder estar tranquilos, y La Candeur estudiaba el terreno de las operaciones...

—¡Cristo! ¿Os estáis burlando de mí? ¿Por quién me habéis tomado? ¡Ya os enseñaré quién soy yo!... Ya está desatado. ¿Y qué?

—Se pone en salvo...

—Pero le habéis vuelto a coger, ¿no?

—No. Esta vez no lo hemos vuelto a coger.

—¿Qué?

—No se ponga enfermo... Sabemos dónde está.

—Ha ido al piso de arriba, al de los alemanes.

—Y ¿por qué no le habéis seguido?

—Volvemos de allí... Hemos llamado muchas veces, y nos han abierto; pero en cuanto nos han visto, nos han dado con la puerta en las narices.

—¡Querrás decir que me han dado con la puerta en las narices!—rectificó La Candeur, que, en efecto, las tenía muy hinchadas—. Se han encerrado con cerrojo. Y les hemos oído disputar con Priski. ¡Qué de cosas le han dicho! Pero el otro gritaba tan fuerte como ellos, hasta el extremo de que hemos temido que el ruido de la disputa llegara al camino de ronda, por lo cual hemos venido a avisarte.

—Y mientras tanto, idiotas, más que idiotas, quizá se haya marchado—profirió Rouletabille echando a correr hacia el camino de ronda.

Los otros le siguieron.

—¡Oye, Rouletabille! No te apures. Hemos dejado a Toudor y a Modesto a la puerta de los alemanes, con la consigna de que no dejaran salir a nadie.

—¡Bah!... ¡Está visto que no puedo ausentarme un segundo sin que hagáis tonterías!

Pronto llegaron al camino de ronda. La Candeur levantó la vista (y la nariz) hacia la aspillera del segundo piso, y exclamó:

—¡Ya no se les oye! Hace un momento, cuando nos hemos ido de aquí, berreaban.

Rouletabille, terriblemente preocupado por las consecuencias que pudiera tener la libertad de Priski y jurándose que de allí en adelante lo haría todo él, saltaba por la escalera del torreón y llegaba casi sin resuello ante la puerta de los alemanes, donde encontró a Modesto tendido en el umbral como un perro (y, desde luego, durmiendo) y a Toudor que se paseaba de arriba abajo.

—¿Nada de nuevo?—preguntó Rouletabille lanzando un suspiro de alivio.

—Sí, señor—contestó Modesto abriendo la boca, como era natural, y un ojo, lo que en él era mucho menos natural.

—¿Ha salido?

—Sí... Pero... ¡Toudor y yo nos hemos echado sobre él y lo hemos amordazado y atado!... ¿Eh, Toudor?... ¡No ha dicho ni pío!

—¡Bravo, Toudor!—exclamó Vladimir, que llegaba entonces.

—¿Y dónde lo habéis dejado?—preguntó Rouletabille.

—Lo hemos bajado al subterráneo, como nos había dicho el señor Vladimir.

—¡Vamos allá! Quiero verlo... ¿Por qué lo han dejado solo? Además, ¿qué hacían aquí?

—¡Impedir que salgan los otros! Como nos han dicho que no dejáramos salir a nadie...

—Pero ¿qué me importan a mí los otros? ¡Idiotas, más que idiotas!

Rouletabille no contaba más que consigo mismo. Bajaron todos: Rouletabille, La Candeur, Vladimir y los dos criados. Al llegar a la sala de guardias, los últimos levanta-

taron la losa. Y Modesto. Como no decía nada desde dentro del agujero, ¡sintió Rouletabille un miedo!...

—¿No está?—exclamó.

—Sí que está. ¡Ya lo creo! Ni se ha movido—contestó la voz de Modesto—. Voy a echar el cabo de la cuerda. Que fire Toudor de ella.

Un cabo de cuerda, en efecto, salió del subterráneo, y tiró de él Toudor, mocetón fornido que parecía estar en el apogeo de sus facultades.

—Nunca me hubiera figurado—dijo Rouletabille—que Priski pesara tanto.

Por fin el paquete humano llegó al nivel de la sala de los guardias, y la cabeza salió del agujero. Triple exclamación escapó a los jóvenes. ¡No era Priski! ¡No era Priski! Era una cara enorme, roja y terriblemente barbuda. No podía decir ni jota, porque le ahogaba una mordaza. Pero los ojos, que se le salían de las órbitas, y sus descompuestas facciones, expresaban, mejor que con frases, el furor de que estaba animado.

Y como la sorpresa recibida por los jóvenes era tan grande, a pesar de la gravedad de la situación se echaron a reír.

Los ojos del alemán se pusieron más furibundos.

—¡A ver si estalla!—dijo La Candeur retrocediendo con su habitual prudencia.

Pero Rouletabille ya había dejado de reír; y cuando el alemán rodó por las losas como un colosal salchichón, el repórter preguntó a Modesto qué significaba aquello.

—¿No nos han dicho que no dejáramos salir a nadie?—explicó Modesto, que no comprendía en manera alguna el asombro de sus amos, ya que esperaba felicitaciones—. La primera persona que ha salido es este caballero. Nos hemos apoderado de él...

—Perdone, caballero, perdone. Se trata de un error—dijo Rouletabille inclinándose hacia el alemán.

Pero éste, asaetando al repórter con sus ojos inflamados, sacudió la cabeza: no aceptaba excusas.

—Volvedlo a llevar arriba—ordenó Rouletabille—. Hay que ver qué se ha hecho Priski.

—Seguramente — dijo Modesto — continuará arriba, porque si no, le hubiéramos visto salir.

—Creo—aventuró Vladimir, siguiendo a Rouletabille, que subía rápidamente al segundo piso—que cuando ese alemán se ha arriesgado a salir para, sin duda, ir a amenazar a cualquier autoridad turca con las represalias de su país, es porque los restantes se han quedado a Priski como rehenes.

—Esa es mi única esperanza—ratificó Rouletabille—. Vamos a devolverles su alemán. Supongo que nos lo cambiarán por Priski.

—¡Esperémoslo! Ya está aquí el alemán.

Los criados, efectivamente, traían al alemán, todavía atado.

—Esa gente—dijo Vladimir—es testaruda como ella sola. ¿Cómo haremos para que nos abran la puerta?

—Quitadle la mordaza al alemán—ordenó Rouletabille.

Y la mordaza fué quitada.

Al momento resonó en el rellano un florilegio de injurias tudescas. Pero también en seguida, al oír aquella voz tan querida, la familia alemana abrió la puerta.

Aparecieron Mama, Gretchen y los dos *Tungenmänner* (jóvenes), que aullaron al ver la disposición en que era traído el cabeza de familia. Sin embargo, Vladimir consiguió darles a entender que si entregaban a Priski les sería devuelto su tan allegado pariente.

—*La! la! la!*—mandó el terrible vozarrón del no menos terrible alemán atado.

Entonces los *Tungenmänner* sacaron otro fardo, que era Priski, igualmente atado y amordazado. Rouletabille entregó el fardo alemán y entró en posesión del fardo constituido por Priski. La puerta se cerró con estrépito. En el interior fueron echados los cerrojos. Y una voz resonante declaró que no se abriría más que al cónsul alemán en persona.

—Ahora, ¡a bajar, querido Priski!—dijo Rouletabille.

El pobre mayordomo fué vuelto a bajar a la sala de los guardias y metido en el agujero del subterráneo. Modesto, en castigo de su estupidez, fué encargado de vigilarlo.

—Podéis quitarle la mordaza—dijo Rouletabille, luego de examinar de cerca la solidez de las ataduras.

La Candeur se inclinó y quitó la mordaza a Priski en el momento en que éste iba a desaparecer en el agujero, que era precisamente el momento en que, a pocos pasos de allí, en el deslunado, comenzaba la horrenda algarrabía de los músicos de Kara bajá.

—¡Va a dar principio la fiesta!—pudo decir aún con gran melancolía el bueno de Priski antes de que cayera sobre su cabeza la losa que cerraba el agujero.

—¡Pobre Priski!—exclamó Rouletabille—. Se queda sin distracción. Pero ya que él no puede ir a la fiesta, ¡vamos nosotros! Ya le contaremos lo que pase.

—Y a Modesto le traeremos pasteles—añadió La Candeur, que gustaba de portarse bien con la servidumbre,